





## Errandus II

Errandus II/ Malele Penchansky  
–1ª ed. Buenos Aires, 2022–

ISBN 978-987-4914-29-3

© Malele Penchansky  
© Huesos de jibia  
Fotos: © Mariana Eliano

Pasaje Robertson 522  
(1406) C.A.B.A.

[huesosdejibia.com](http://huesosdejibia.com)  
[facebook.com/editorial.hdj](https://facebook.com/editorial.hdj)  
[instagram.com/huesosdejibia](https://instagram.com/huesosdejibia)  
[huesosdejibia@gmail.com](mailto:huesosdejibia@gmail.com)

Edición: Walter Cassara  
Diseño: Lumila Martínez Catinari

Hecho el depósito que indica la ley 11.723  
Impreso en Argentina

**MALELE PENCHANSKY**  
Errandus II



*Para Milena*





*No se trata en lo más mínimo de vehicular conceptos con un soporte neutro, vacío, anodino, que sería el lenguaje. El lenguaje está allí, para utilizar una metáfora bastante cubana, como una canasta de frutas o como un vitral de medio punto colonial, es decir, irradiando colores, olores, sensaciones. El lector, pues, tendrá un placer de ese orden, de ese orden puramente sexual si se quiere.*

SEVERO SARDUY



## 1. El invitado

*Un crimen sin resolver*

Los aullidos lobeznos comenzaron el 6 de marzo de 2014. Fue la época del ojo catalán. No el andaluz. Ese era el de la película de Buñuel.

En un principio hubo un falso anuncio del regreso del caballero que había partido. Pero luego cuando lo vio —se lo vio de frente— en un cara a cara, la sorpresa fue enorme. Era un personaje bastante joven, tal vez de cuarenta y pico. O cincuenta. Se había acomodado en la cama, apoyado en el respaldo como en un cuadro. La maja desnuda: un señor lánguidamente recostado. Y vestido. ¿Tenía turbante a lo árabe? Es probable. ¿Bigotes finos, quizás? Sin duda, se trataba de un hombre delicado. Un extranjero. Se había adueñado del ámbito. Esa cama/sofá tipo *chaise longue*. Estaba en su lugar. Le pertenecía. Como los aristócratas que conocen el terreno y pisan fuerte. Sin embargo, era definitivamente un extraño. Se le pidió que dijese su nombre en voz alta. No hubo respuesta en altavoz.

—Me llamo Dexter Lindbergh —musitó.

El apellido era el mismo del dueño de casa. Primera sorpresa. La mayoría de los presentes ignoraba por qué había aparecido allí de pronto. ¿Alguien lo había invitado? Emma dijo en el acto, cuando las miradas se dirigieron hacia ella, que no. Que ella no había sido. Que estaba muy preocupada y ocupada en averiguar el origen de los aullidos lobeznos. ¿Entonces? Enigma. Enunciado de sentido artificiosamente encubierto para que sea difícil de entender o interpretar. Realidad, suceso o comportamiento que no se alcanzan a comprender o que difícilmente pueden entenderse o interpretarse.

—¿Quién es el invitado?

La niña Emilia se paró arriba de la silla, con micrófono, y preguntó:

—¿Es la muerte? ¿Eros? ¿Lo que no hay ni está y no estará jamás?

Silencio absoluto. Desconcierto. Los alumnos del grupo de filosofía coral por Zoom aventuraron:

—El invitado es una novela de terror... ¿Hay un crimen sin resolver acá, no?

—Y entonces el detective encuentra rastros de un guante de látex tirado sobre una cómoda.

—Noooo. ¡Es un condón usado! Ahí sobre la cómoda, al alcance de la mano. Se mira y no se toca.

El detective observa el condón con una lupa. La misma lupa con la que examinó el globo terráqueo un rato antes. El grupo sigue:

—¿Es el deseo *-wunsch*, según Freud—?

—El miedo, unido al riesgo.

—El objeto del deseo es el reconocimiento. Y, según Lacan, lo que une a la pulsión con el deseo es el amor.

—Si fuera así, el invitado es el fantasma. Deseo devenido fantasma. ¿*Fantôme*? No. Mejor: *Fantasme* (fantasma y fantasía).





## 2. Un cuarto de hotel

*Desde la ventana, un tren*

Al sur la imagen de las montañas pequeñas con casitas de colores pintadas, que anidaban sobre –súper– puestas a las montañas. El dibujo de las casas y de las montañas era igual al que hacen los chicos de la primaria. Parecían de mentira. Desde el cuarto de ese hospedaje universitario (en una habitación entraban varias personas) la madre dijo que se sentía muy incómoda. Hacía frío. Ese cuarto de hotel parecía más bien miserable. Sólo había que mirar por la única ventana amplia y desde las camas atesorar el dibujo del tren, nadie podría asegurar si estaba estacionado o en movimiento. En todo caso, era un tren cuyo destino se ignoraba. Quizás ese tren los había traído hasta allí por iniciativa de Z, que había comprado los pasajes para toda esa *troupe* de gente familiar, amiga, diversa. La madre decidió que al día siguiente dejarían el lugar. Porque decididamente no le gustaba para nada. L también quería huir de allí. De ese lugar que prometía ilusiones.

Emma, sin embargo, sospecha que si nadie dice una sola palabra –al menos, a ella nadie le explica nada– el destino del tren, las casitas, las montañas y el paisaje en general prolijo, con dibujos en tonos pastel (flores, casas, vías de tren y el tren en sí mismo, simple, infantil), sospecha que ese lugar absurdo y lacónico tiene una doble vida. Detrás de las paredes blancas, del alcohol *puffpufmatabacterias*, hay personas a las que no dejan asomar ni el pelo a los pasillos. Atadas, maniatadas, viven sus vidas tabicadas mientras los otros se divierten con los dibujos.

### 3. El devenir animal

*Sesiones*

La casa junto al mar. Los ventanales. Viento poderoso. Tormentas. El agua entra por los ventanales a la casa. El niño anfibio. El muchacho anfibio. La casa anfibia. Doble respiración para el anfibio. ¿Una ciudad anfibia? Hay un grupo de gente que participa del cuidado y alimentación de ese niño, cruza de pez con humano. El anfibio se sumerge y pasa muchísimo tiempo bajo el agua. Cuando el resto de los presentes (todo un mundo de rostros enmascarados) cree que ha muerto, sale a la superficie. Estamos protegidos dentro de la casa anfibia. Pero hay un momento —el de las tormentas/tsunamis— en el que un caudal de agua (una ola feroz, inabarcable) entra en el búnker. El niño duerme. Las estrellas de mar lo asechan como moluscos. Y el horror: mamboretás de innumerables patas voladoras aterrizan sobre sus brazos largos. La dueña de la casa anfibia —la diosa inmortal de pelo largo y cola de pescado— espanta a coletazo limpio a los inmundos insectos. Comienza la guerra entre la sirena y los bichos amenazantes. Las estrellas de mar y los mamboretás marinos (especie desconocida, bizarra) vuelan en torno del niño. Es evidente que quieren deshacerlo. La diosa estrella mayor se vuelve Neptuno y los devora. Mejor: guardarlos dentro de su vientre. Mejor: comerse a los monstruos antes de que se multipliquen en hijos/bichos/monstruitos. Saturno sabía por qué devoraba a sus hijos. Uno a uno. Para que no se desarrollaran lazos sanguinolentos. En el mar, la vida no es más hermosa. Anfibio: del latín *amphibius*, y este del griego *αμφίβιος*, se dice del animal que puede vivir indistintamente en tierra o sumergido en el agua y, de los que, como la rana y los sapos, han vivido en el elemento acuático cuando jóvenes por tener branquias y en tierra cuando adultos, al perder aquellos órganos para adquirir pulmones.



#### 4. La iniciación

##### *Sexo terapéutico*

Emma adora el rol de iniciadora, aunque jamás le ha tocado protagonizarlo. A ella le hubiese gustado enseñarle todo a un adolescente. O, por qué no, a un tetrapléjico virgen *à la* Helen Hunt, tan bella en la película de los seis encuentros sexuales terapéuticos. La terapeuta se enamora del enfermo y él, de ella. Tan erótica, Hunt. Amazona espléndida. Él sólo podía hablar. El resto, inmóvil, pero bien erecto. Y ella encima de él, moviéndose. Hasta el fondo.

—¿Entró? —preguntó él—, ¿seguro está adentro?

—Sí —dijo Hunt.

Y tuvieron un orgasmo juntos. Amor total. Ella, piensa Emma, es la viva encarna/carne, encarnación del goce perverso. Porque hace todo sola. Él se deja.

—¿Te dejás?, ¿te dejás? —le preguntaban los primos varones a Emma. Cuando tenía catorce un chico de doce la besaba y la tocaba. La acariciaba. Claro que ella se hacía la dormida. La muertita. Jamás abrió los ojos ni la boca. Los muertos de Emma partieron en junio. Muerta en vida, así se siente ella a veces. Mosquita Muerta le decía una tía que no la quería cuando ella tendría ¿cuatro?, ¿cinco? Seis años. Al menos hasta los ocho, la Mosquita Muerta andaba por la vida caliente como una pava de agua hirviendo. La infancia no es jamás dorada y dulce. Más bien lo siniestro, la per-versión la marca. Una foto de Emma disfrazada de hawaiana a los tres o cuatro: cuerpito redondo que ondula entre lágrimas al sol.

Lapeste, le había dicho un día el hermano plaquetario E: cuando escribas la peste, juntá las dos palabras. Y así quedó.

Tengo que acercarme a ese cuerpo flaco, devastado. Creo que tiene sida. Él no dice nada. Quiero hacerle el amor. No puede. Se tapa las manchas con las manos. Es como un Cristo. No quiere. Definitivamente no acepta que lo toque. Piensa que me pagaron. No es cierto. Nadie me dio dinero para que venga a verlo. Estoy convencida de que se curará si

logro acariciarlo. Lo beso. Pero se niega a seguir. El cuerpo: piel y hueso. No puede, no sabe, no quiere. Le acaricio suavemente la espalda. Las yemas de mis dedos vuelan. Son plumas. Al menos, logro que por un rato cierre los ojos, se relaje. Parece feliz. Por un instante, ojos cerrados, los rasgos de la cara distendidos. No aparto las manos de su espalda su-a-ve. Hasta que se duerme.